



P. GARUS

EL EVANGELIO
DEL
BUDDHA

BL1451

C3

294.3

C

FG



1020125587



EL EVANGELIO
DEL
BUDDHA



FRANCISCO BELTRAN
LIBRERIA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA
PRINCIPE, 16 - MADRID

EL EVANGELIO

DEL

BUDDHA

294.3
C

PABLO CARUS

EL EVANGELIO

DEL

BUDDHA

Referido según los documentos
más antiguos.

Traducción directa del inglés

por

RAFAEL URBANO

DEL TRADUCTOR

EN LA MISMA LIBRERÍA

MANUAL DEL PERFECTO ENFERMO
(Ensayo de mejora), Prólogo del Excelen-
tísimo Sr. D. José Francos Rodríguez.
Un volumen en 8.º, 2 pesetas.



FRANCISCO BELTRÁN
LIBRERÍA ESPAÑOLA Y EXTRANJERA
PRINCIPE, 16-MADRID

38632

0130-63660

294.3

C

BL 1451

C3



FONDO
ACERVO GENERAL

Esta traducción es propiedad del Editor, quien se reserva los derechos que le concede la Ley.

PRÓLOGO

Para el que está familiarizado con las Escrituras Sagradas del buddhismo, accesibles al mundo occidental, gracias al celo infatigable y al talento de sabios tales como Burnouf, Hodgson, Bigandet, Bühler, Foucaux, Senart, Weber, Fausböll, Alejandro Csoma, Wasileyet, Rhys Davids, F. Max-Müller, Childers, Oldenberg, Schiefner, Eitel, Beal, Spence Hardy, etc., este libro no necesita prefacio. A los que las ignoran puedo decirles que la urdimbre de su contenido está sacada del antiguo canon buddhista. Muchos pasajes—y ciertamente son los más importantes—, se han copiado al pie de la letra de las traducciones de los textos originales. Algunos se han interpretado ligeramente; pero ha sido para ofrecerles más inteligibles á la generación actual. Unos se han retocado y otros han sido extractados. Fuera de los tres primeros capítulos y de los tres últimos, he hecho pocas adiciones por mi parte, y aun éstas no son ni meros adornos literarios ni alteraciones de las doctrinas buddhistas. No contienen sino ideas cuyos prototipos pueden encontrarse en las varias tradiciones del buddhismo, y no se han escrito sino para dilucidar sus principios fundamentales. Los que quieran remontarse

del buddhismo de este libro á su fuente original, encontrarán al final de este volumen una tabla de referencias indicadora, tan brevemente como se puede, de los documentos que se han utilizado en sus diversos capítulos y los paralelismos que se notan con las ideas occidentales, y particularmente con los evangelios cristianos (1).

El buddhismo, como el cristianismo, está dividido en innumerables sectas, separadas sobre todo por supersticiones ó ritos particulares, y con frecuencia ellas consideran los dogmas á que están ligadas como los rasgos más importantes é indispensables de su religión. Este libro no sigue ninguna de las doctrinas sectarias, sino que toma una posición ideal que todos los verdaderos buddhitas pueden aceptar como un terreno común. Su principal originalidad está en la coordinación de este Evangelio del Buddha, bajo una forma armoniosa y sistemática. Sin embargo, en lo que concierne al conjunto de sus diversas partes se le puede considerar como una simple compilación, y el compilador ha procurado tratar los materiales de la misma manera que, según su opinión, el autor del cuarto Evangelio del Nuevo Testamento lo ha hecho con los relatos de la vida de Jesús de Nazareth. Se ha arriesgado á colocar los hechos de la vida de Buddha á la luz de su importancia religiosa y filosófica: ha suprimido la mayor parte de sus adornos apócrifos, principalmente los que púlpulan en las tradiciones septentrionales; pero no ha creído prudente vacilar en conservar lo milagroso que se ofrece en los relatos, toda vez que un fin moral parece justificar la mención que se hace de ello; se ha podado únicamente la exuberancia maravillosa que se refiere á las cosas más increíbles, evidentemente destinada á herir de un modo más vivo al espíritu, aunque en realidad no hacen más que fatigarle. El milagro ha cesado de ser una prueba en

(1) En vez de hacerlo en una tabla final, van consignadas en cada capítulo de la versión para mayor claridad.—(N. del T.)

favor de la religión; sin embargo, la creencia en el poder del Maestro fortifica todavía la santa veneración de los primeros discípulos y refleja un entusiasmo religioso.

Si no quiere el lector arriesgarse á una mala interpretación de la idea fundamental de las doctrinas del Buddha, ha de recordar que el término «yo» ha de tomarse en el sentido que io emplea el Buddha. El «yo» humano puede ser y ha sido comprendido en un sentido contra el que Buddha no hubiera hecho ninguna objeción. El Buddha niega la existencia del «yo» tal como se la comprendía generalmente en su época, pero no niega la mentalidad del hombre, su constitución espiritual, la importancia de su personalidad; en una palabra, de su alma. Pero niega la misteriosa entidad egotista, el *atman*, en el sentido de una especie de mónada-alma que algunas escuelas suponían existir luego ó en la actividad corporal y física del hombre, como un ser distinto, como una especie de esencia y un agente metafísico pretendido como el alma.

El buddhismo es monista. Pretende que el alma humana no es un compuesto de dos cosas: *atman* (el yo) y *manas* (la mente ó el pensamiento), sino que está formada de pensamiento sólo. Los pensamientos del hombre constituyen su alma; ellos, de ser algo, son su yo, y no hay *atman* que se añada ó separe del yo. Por consiguiente, la traducción de *atman* por *alma*, que implica la negación de la existencia del alma por Buddha, es completamente equívoca.

Los representantes buddhistas de las diferentes escuelas y comarcas reconocen la exactitud de la versión que aquí damos y nos recalcan especialmente el asentimiento del buddhismo del Sur, como en las traducciones de sus escritos sagrados el término *atman* lo traducen comunmente por *alma*.

The Buddhist, órgano del buddhismo de la iglesia

del Sur, escribe á propósito de EL EVANGELIO DEL BUDDHA:

«Lo más extraordinario de este libro es la consideración del difícilísimo problema y la clara enunciación doctrinal de la debatida cuestión del *atman*, como enseña el buddhismo. Y tanto, que examinada por nosotros mismos la cuestión del *atman* en los libros del Canon del Sur, la opinión del Dr. Pablo Carus es exacta y nos aventuramos á pensar que no se opone á la doctrina del buddhismo del Norte.»

Esta *atman*-superstición no es sólo común en la India, sino en el mundo entero; corresponden de alegotismo habitual del hombre en la vida práctica; son dos ilusiones que proceden de la misma fuente: la feria de las vanidades mundanas que llevan al hombre á creer que la razón de ser de su vida está en su «yo». El Buddha intenta destruir por completo todo pensamiento del «yo», de manera que no dé más fruto. Así, el Nirvana del Buddha es un estado ideal en el que el alma del hombre, después de purificarse de todo egoísmo y de pecado, viene á ser la residencia de la verdad, que le enseña á rechazar las sollicitaciones del placer y á emplear todas sus energías en el cumplimiento de los deberes de la vida.

La doctrina del Buddha no es el nihilismo. El estudio de la naturaleza del alma humana prueba que si no existe ni *atman* ni entidad egoísta, la verdadera ciencia del hombre es su *karma*, el que no afectado por la muerte continúa viviendo. Al negar así la existencia de lo que tomamos por nuestra alma y de lo que tememos se destruya por la muerte, el Buddha abre realmente á la humanidad, como él mismo lo dice, las puertas de la inmortalidad, y echa la piedra angular de su moral y también del consuelo y del entusiasmo que procura su religión. El que no vea el aspecto positivo del buddhismo, está incapacitado para comprender cómo ha podido ejercer

una influencia tan considerable sobre millones y millones de seres.

Este volumen no se ha hecho para contribuir á la solución de problemas históricos. El compilador ha estudiado un asunto, tan seriamente como se lo han consentido las circunstancias; pero no pretende por ello ofrecer una obra científica. Este libro no tiende tampoco á popularizar los escritos buddhistas ni á ofrecerlos bajo una forma poética. Si este EVANGELIO DEL BUDDHA ayuda á comprender mejor el buddhismo, y si en su sencillez da al lector la impresión de la poética grandeza de la personalidad del Buddha, semejantes resultados no deben considerarse sino como secundarios; su verdadero objeto es mucho más serio. Este libro se ha escrito para hacer reflexionar al lector sobre los problemas religiosos del día; se traza en él la imagen de un maestro religioso de un pasado remoto, á fin de hacerla obrar sobre el presente y que llegue á ser un factor en la formación de lo porvenir.

* * *

Es un hecho digno de tenerse en cuenta que las dos religiones más grandes del mundo, el cristianismo y el buddhismo, tengan coincidencias tan sorprendentes en su base filosófica, así como en las aplicaciones morales de su fe, mientras sus métodos para expresarlos en dogmas son radicalmente distintos; y es difícil comprender por qué esas coincidencias han provocado la animosidad en vez de acrecentar sentimientos de fraternidad y benevolencia. Por qué no han de decir los cristianos con F. Max Müller: «Si encuentro en ciertas obras buddhistas doctrinas idénticamente iguales al cristianismo, lejos de asustarme, eso me complace, pues seguramente la verdad no es menos cierta porque crean en ella la mayoría de los hombres.»

El mayor obstáculo procede de una equivocada con

cepción del cristianismo. Muchos cristianos creen que sólo el cristianismo está en posesión de la verdad, y que el hombre no ha podido, en el curso natural de su evolución moral, obtener una concepción más elevada de la vida que la que ordena una universal benevolencia para amigos y enemigos. Esta estrecha idea del cristianismo está refutada por la mera existencia del buddhismo.

Podemos añadir que el lamentable exclusivismo que prevalece en muchas iglesias cristianas, no se basa sobre la enseñanza de las Escrituras, sino sobre errores metafísicos.

En nuestro sentir, todas las verdades morales esenciales del cristianismo tienen profundas raíces en la naturaleza de las cosas, y no están en contradicción, como se ha pretendido con frecuencia, con el orden cósmico del mundo. La Iglesia las ha formulado en ciertos símbolos, y porque esos símbolos contienen contradicciones y están en pugna con la ciencia, las clases ilustradas se han alejado de la religión. Pero el buddhismo es una religión que no conoce ninguna revelación sobrenatural, y proclama doctrinas que no tienen necesidad de otros argumentos que el «venid y ved». El Buddha funda su religión exclusivamente en el conocimiento que tiene el hombre de la naturaleza de las cosas sobre una verdad demostrable. La comparación entre el cristianismo y el buddhismo ayudará poderosamente á distinguir en ambas religiones lo esencial de lo accidental, lo que es eterno de lo que es transitorio, la verdad de la alegoría en que halla su expresión simbólica. Quisiéramos provocar la convicción de la necesidad de distinguir entre el símbolo y su sentido, entre el dogma y la religión, entre las fórmulas de invención humana y la eterna verdad. Con este espíritu ofrecemos al público este libro, abrigando la esperanza de que ayudará al desenvolvimiento, tanto en el cristianismo como en el buddhismo, de la religión cósmica de la verdad.

La fuerza y también la debilidad del buddhismo primitivo, está en que su carácter filosófico permite al pensador, pero no á las masas, comprender la explicación de la ley moral que penetra al mundo. Por esto al buddhismo primitivo se le ha llamado por los buddhistas «la pequeña nave de la salvación», ó Hinayana, porque es comparable á un bote, en el que un hombre puede, atravesando la corriente de la mundanidad, alcanzar la ribera del Nirvana. Obedeciendo al espíritu de una propaganda misionera, tan natural en los hombres píos que están apasionados por sus convicciones, los buddhistas siguientes popularizaron las doctrinas del Buddha, poniéndolas al alcance de la multitud. Es verdad que aceptaron muchas nociones místicas y hasta fantásticas; pero rehusaron, sin embargo, que adoptasen sus verdades morales las gentes que no podían sacar más que incompletamente el sentido filosófico de la religión del Buddha. Construyeron, según su expresión, una «gran nave de salvación», el Mahayana, en el que las multitudes podían hallar puesto, y que era capaz para transportarlas con seguridad. Aunque el Mahayana tenga indiscutiblemente sus partes débiles, no se le puede condenar por ello, porque llena su objeto. Sin considerarle como el *summum* del desenvolvimiento de los pueblos entre los que domina, debemos reconocer que se adapta á su condición y que ha hecho mucho por la educación de los mismos. El Mahayana constituye un progreso, porque ha transformado una filosofía en religión y ha tratado de predicar como proposiciones positivas las doctrinas que se expresaron bajo una forma negativa.

Lejos de condenar el celo religioso que ha dado origen al Mahayana dentro del buddhismo, no podemos tampoco asociarnos á los que reprochan al cristianismo su dogmática y sus elementos mitológicos. El cristianismo ha tenido una gran misión en la evolución de la humanidad; ha conseguido infiltrar la religión de la caridad

y del perdón en las naciones más poderosas del mundo, para cuyas necesidades espirituales está principalmente adaptado; ha extendido los beneficios de una buena voluntad universal con el menor antagonismo posible frente al natural egotismo, tan fuertemente desarrollado en la raza de Occidente. El cristianismo es *la religión del amor*. Esta es una ventaja, no exenta, sin embargo, de inconvenientes. El cristianismo enseña la caridad sin disipar la ilusión del «yo», y en este respecto sobrepasa el Mahayana: se adapta más á las necesidades de las multitudes, como el gran barco pronto á embarcarlas; es más comparable á un gran puente, un *Mahasetu*, sobre el cual un niño puede atravesar el torrente del egoísmo y la vanidad del mundo.

La comparación entre los numerosos y sorprendentes puntos del cristianismo y del budhismo, puede ser fatal para una concepción sectaria de cualquier religión; pero á fin de cuentas nos ayudará á madurar nuestra concepción de la naturaleza esencial del cristianismo, y nos elevará también á esa fe más noble que aspira á ser la religión cósmica de la verdad eterna.

Esperamos que este EVANGELIO DEL BUDDHA servirá á la vez á budhistas y á cristianos á penetrar más adentro en el espíritu de su fe, para abrazarla en toda su extensión, en toda su amplitud y en toda su profundidad.

Por encima de todo Hinayana, Hihayana y Mahasetu está la Religión y la Verdad.

PABLO CARUS.

INTRODUCCIÓN

I.—ALEGRÍA

1. ¡Regocijíos de la buena nueva! El Buddha, Nuestro Señor, ha descubierto la raíz de todo mal. Nos ha mostrado el camino de la salvación.
2. El Buddha disipa las ilusiones de nuestro espíritu y nos libra de los terrores de la muerte.
3. El Buddha, Nuestro Señor, trae el descanso al fatigado y al abatido por el disgusto; proporciona la paz a los abrumados bajo el peso de la vida. Da valor á los débiles que están próximos á perder la confianza en sí mismos y la esperanza.
4. ¡Los que sufrís las tribulaciones de la vida, los que habéis de luchar y padecer, los que aspiráis á una vida de verdad, regocijíos de la buena nueva!
5. He aquí el bálsamo para los heridos, y el pan para los hambrientos. He aquí el agua para los que tienen sed, y la esperanza para los desesperados. He aquí la luz para los que están en las tinieblas, y he aquí una inagotable ventura para los justos.
6. Curaréis de vuestras heridas, los que estéis

heridos; comeréis vuestro pan, los que estéis hambrientos. Descansaréis vosotros, los fatigados; extinguiréis vuestra sed, vosotros los sedientos. Alzaréis los ojos á la luz los que os halláis en las tinieblas; y recobraréis vuestro ánimo, vosotros los que os habéis abandonado.

7. Tened confianza en la verdad, vosotros los que la amáis. porque el reino de la verdad se ha fundado sobre la tierra. Las tinieblas del error se han disipado por la luz de la verdad. Podemos ver nuestro camino y andar con paso firme y seguro.

8. El Buddha, Nuestro Señor, ha revelado la verdad.

9. La verdad cura nuestras enfermedades, y nos salva de la perdición; la verdad nos fortifica en la vida y en la muerte; sólo la verdad puede destruir los males del error.

10. ¡Regocijáos de la buena nueva!

II.—SAMSARA Y NIRVANA

1. ¡Mirad alrededor vuestro, y contemplad la vida!

2. Todo es pasajero, nada dura. Es nacimiento y muerte, desarrollo y perecimiento, combinación y disolución.

3. La gloria del mundo aseméjase á una flor; está en plena floración por la mañana y se marchita al calor del día.

4. A cualquier parte que miréis está el acoso y el empuje, la carrera ávida de placeres, el miedo al dolor y á la muerte, la feria de las vanidades y la llama de los ardientes deseos. El mundo está

lleno de cambios y de transformaciones. Todo es Samsara.

5. ¿No hay nada permanente en el mundo? En la inquietud universal ¿no hay un lugar de reposo donde nuestro corazón agitado pueda hallar la paz? ¿No hay nada eterno?

6. ¿No cesará nunca la angustia? ¿No se extinguirán los ardorosos deseos? ¿Cuándo podrá estar calmo y tranquilo el espíritu?

7. El Buddha, Nuestro Señor, se ha aigflido por los males de la vida. Ha visto la vanidad de la dicha del mundo, y ha buscado la salvación en algo que no se marchita, que no perece y que permanece siempre.

8. Los que aspiráis á la vida, sabed que la inmortalidad se oculta en la calidad del ser perecedero. Los que deseáis una dicha que no contenga los gérmenes de la inquietud ó del disgusto, seguid los consejos del gran Maestro, y seguid una vida de rectitud. Los que deseáis ávidamente las riquezas, venid y recibiréis los tesoros eternos.

9. La verdad es eterna; no conoce ni el nacimiento ni la muerte; no tiene comienzo ni tiene fin. Llamad á la verdad ¡oh mortales! Que la verdad se poseione de vuestras almas.

10. La verdad es la parte inmortal del espíritu. La posesión es la verdad, es la opulencia, y una vida de verdad es la dicha.

11. Estableced la verdad en vuestro espíritu, porque la verdad es la imagen de lo eterno. Ella dibuja; es su retrato lo inmutable; revela lo que dura siempre; la verdad da á los mortales el dón de la inmortalidad.

12. El Buddha es la verdad; que el Buddha habite en vuestro corazón. Extinguid en vuestra alma todo deseo extraño al Buddha, y al fin de vuestra evolución espiritual seréis semejante á Él.

13. La parte de nuestra alma que no puede llegar á ser Buddha, debe perecer; porque no es sino pura ilusión y una no realidad; esa es la fuente de vuestros errores y la causa de vuestra miseria.

14. Podéis hacer inmortal vuestra alma llenándola de verdad. Hacéos semejantes á los vasos propios para recibir la ambrosía de las palabras del Maestro. Purificáos del pecado y santificad vuestra vida. No hay otro medio de alcanzar la verdad.

15. Aprended á distinguir el yo y la verdad. El yo es la causa del egoísmo y la fuente del pecado; la verdad no se liga á ningún yo; es universal, y conduce á la justicia y á la equidad.

16. La personalidad, que parece el ser de los que quieren su yo, no es ni lo eterno, ni lo inmortal, ni lo imperecedero. No busquéis la personalidad, sino la verdad.

17. Si libramos nuestras almas de sus mezquinas personalidades; si no queremos el mal para otro y nos hacemos puros como un diamante claro que refleja la luz de la verdad, esa radiante pintura aparecerá en nosotros reflejando las cosas como son, sin mezcla de ardorosos deseos, sin la deformación de la ilusión engañosa, sin la agitación de la gran inquietud del pecado.

18. El que busca el yo debe distinguir entre el falso y el verdadero yo. Su yo y su egoísmo son

el falso yo. Ambos son ilusiones sin realidad y son compuestos perecederos. Únicamente aquel que identifica su yo con la verdad alcanzará el Nirvana, y el que alcance el Nirvana alcanzará el estado de Buddha; y adquirido el más grande de los honores, llegará á ser lo que es eterno é imperecedero.

19. Todos los compuestos deben disolverse de nuevo; los mundos se desharán en pedazos y nuestras individualidades se triturarán; sólo las palabras del Buddha son eternas.

20. La extinción del yo es la salvación; la aniquilación del yo es la condición de la iluminación; la desaparición del yo es el Nirvana. Feliz el que cesa de vivir para el placer y reposa en la verdad. En verdad, que su calma y su tranquilidad de espíritu son la más alta felicidad.

21. Refugiémonos en el Buddha, porque él ha encontrado lo perdurable en lo perecedero. Busquemos refugio en lo que es inmutable en medio de los cambios de la existencia. Busquemos refugio en la verdad que se ha establecido por medio de la luz del Buddha.

III. —LA VERDAD REDENTORA

1. Las cosas del mundo y sus habitantes están sometidos al cambio, son productos de cosas que han existido anteriormente; todos los seres vivos son lo que les han hecho sus actos anteriores; porque la ley de causa y de efecto es uniforme y sin excepciones.

2. Pero en las cosas que sin cesar cambian, se

oculta la verdad. La verdad da á las cosas la realidad. La verdad es inmutable en el cambio.

3. Y la verdad desea revelarse; la verdad aspira á ser consciente; la verdad se esfuerza en conocerse á sí misma.

4. La verdad existe en la piedra, porque la piedra existe verdaderamente; y no existe una fuerza en el mundo, Dios, hombre ó demonio, que pueda hacer que no sea. Pero la piedra no es consciente.

5. La verdad existe en la planta y su vida puede expansionarse: se desarrolla, florece y fructifica. Su belleza es maravillosa, pero no es consciente.

6. La verdad existe en el animal: el animal se muere, percibe las cosas que le rodean, distingue y aprende á escoger. En él hay conciencia; pero no tiene aún la conciencia de la verdad. Es la conciencia del *yo* únicamente.

7. La conciencia del *yo* ciega á los ojos del espíritu y oculta la verdad. Es el origen del error la fuente de la ilusión y el germen del pecado.

8. El *yo* engendra el egoísmo. No hay ningún mal que proceda del *yo*. No hay ninguna injusticia que no sea un producto de la afirmación del *yo*.

9. El *yo* es el principio de todo odio, de la iniquidad, de la calumnia, de la impudicia, de la indecencia, del robo y de la estafa, de la opresión y de la efusión de sangre. El *yo* es *Mara*, el tentador, el malhechor, el creador del mal.

10. El *yo* seduce por los placeres. El *yo* promete un paraíso encantador. El *yo* es el velo de *Mara*

el hechicero. Pero los placeres del *yo* no tienen realidad; su laberinto paradisiaco es el camino del infierno, y su belleza que se aja á la luz del deseo no puede satisfacerse nunca.

11. ¿Quién nos libraré de la tiranía del *yo*? ¿Quién nos salvará de nuestras miserias? ¿Quién nos restablecerá en una vida de felicidad?

12. Todo es miseria en el mundo de *Samsara*; todo es miseria y sufrimiento. Pero la dicha de la verdad es más grande que todas las miserias. La verdad da la paz al espíritu anhelante; vence al error y extingue las llamas del deseo conduciendo al *Nirvana*.

13. Bienaventurado el que ha encontrado la paz del *Nirvana*. Ese se ha tranquilizado en las luchas y en las tribulaciones de la vida; está al abrigo de todas las mudanzas; desafía el nacimiento y la muerte y permanece indiferente á los males de la vida.

14. Bienaventurado aquel en quien ha encarnado la verdad, porque él ha conseguido su fin y es uno con la verdad. Es vencedor sin poder ser herido; es glorioso y feliz sin poder sufrir; es fuerte aunque caiga aplastado bajo el peso de su trabajo; es inmortal aunque muera. La inmortalidad es la esencia de su alma.

15. Bienaventurado el que ha alcanzado el sagrado estado de *Buddha*, porque él efectuará la salvación de los seres sus hermanos. La verdad reside en él. La perfecta sabiduría esclarece su entendimiento. La justicia inspira todas sus acciones.

16. ¡La verdad es un poder activo para hacer

el bien, indestructible é invencible! Cultivad la verdad en nuestro espíritu y extendedla á través de la humanidad, porque únicamente la verdad salva del pecado y de la miseria. La verdad es el Buddha, y el Buddha es la verdad. ¡Bendito sea el Buddha!



EL PRÍNCIPE SIDDARTHA LLEGA A BUDDHA

IV.—NACIMIENTO DEL BUDDHA (1)

1. Había en Kapilavastu un rey sakya, firme en sus propósitos y reverenciado por los hombres, uno de los descendientes de Ikchvaku, que se llamaba Gotama, y personalmente Suddhodana, ó Arroz-Puro.
2. Su esposa, Maya-devi, era maravillosamente bella como un lirio de agua, y de un corazón tan puro como el loto. Como la reina de los cielos vivía sobre la tierra, inmaculada y pura de deseos.
3. El rey, su marido, la reverenciaba por su santidad, y el espíritu de verdad descendió sobre ella.
4. Cuando comprendió que la hora de ser madre estaba próxima, rogó al rey que la enviase á casa de su padre, y Suddhodana, solícito por su esposa y por el hijo que nacería, accedió muy gustoso á su petición.
5. Cuando ella atravesaba el jardín de Lumbi-

(1) Fuente-*Fo-sho-hing-Tsan-king*, por S. Beal. *Sacred Books of the East* XIX, I, 147.